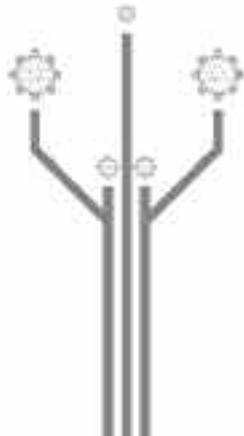


*La sostenibilidad social
de la agricultura intensiva almeriense:
una mirada desde la organización
social del trabajo*



Alicia Reigada (*), Manuel Delgado (*), David Pérez Neira ()** y **Marta Soler Montiel (*)**

(*) Universidad de Sevilla (**) Universidad de León

DOI: 10.4422/ager.2017.07

ager

Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural
Journal of Depopulation and Rural Development Studies

La sostenibilidad social de la agricultura intensiva almeriense: una mirada desde la organización social del trabajo

Resumen: Este artículo tiene como principal objetivo explicar la organización social del trabajo en el modelo de producción hortofrutícola almeriense desde una perspectiva de sostenibilidad social. Para ello, parte de una noción compleja de trabajo que contempla sus dimensiones socioculturales, las relaciones sociales de clase, interétnicas y de sexo-género sobre las que se configura y el modo en que se halla arraigado en el conjunto de instituciones sociales. Como primera hipótesis se plantea que existe una contradicción entre el papel central que ocupa el trabajo de las mujeres y las personas inmigrantes para la continuidad del modelo, y la tendencia a minusvalorarlo. La segunda hipótesis mantiene que la organización del trabajo se estructura sobre un conjunto de insostenibilidades sociales que ponen en jaque las condiciones de trabajo y la vida de quienes lo realizan. El texto se basa en una metodología cualitativa apoyada en las técnicas de la entrevista y la observación participante.

Palabras clave: Organización social del trabajo, modelo productivo almeriense, sostenibilidad social, familias agricultoras, trabajo inmigrante.

The social sustainability of intensive agriculture in Almería (Spain): a view from the social organization of labour

Abstract: This article approaches the social organization of labour in Almería's fruit and vegetable farming from the viewpoint of social sustainability. The article is grounded on a complex notion of labour, involving sociocultural dimensions as well as class, ethnic, and sex-gender social relationships, and taking into account the way in which labour is rooted into social institutions as a whole. Our first hypothesis suggests that a contradiction exists between the major role that labour plays in the continuity of farming among women and immigrants, on the one hand, and the tendency to undervalue these forms of work, on the other. Our second hypothesis is that labour organization is structured upon a set of socially unsustainable factors, which put workers' labour and life conditions at stake. The text is based on a qualitative analysis, supported by interviewing and participant observation techniques.

Keywords: Social organization of labour, intensive agriculture in Almería, social (un)sustainability, farming families, immigrant labour.

Recibido: 4 diciembre 2016
Devuelto para revisión: 22 febrero 2017
Aceptado: 22 mayo 2017

Enfoque, objetivos y metodología del estudio

La imagen de satélite de los campos del Poniente almeriense se ha convertido en símbolo emblemático del impacto del sistema de producción de agricultura intensiva sobre el paisaje. La metáfora 'mar de plástico' alude a la espectacular transformación del territorio derivada de las nuevas actividades económicas, pero también a los profundos cambios que han experimentado las formas de vida de quienes lo habitan. Las relaciones sociales que hoy definen la vida en este territorio deben entenderse en el contexto de un sistema productivo y económico local específico, articulado a escala mundial a través de su inserción en las cadenas globales hortofrutícolas (Delgado *et al.*, 2015).

La globalización agroalimentaria se caracteriza por un funcionamiento en red en el que los territorios rurales están conectados de forma subordinada a los requerimientos de los espacios de consumo en masa, concentrados en ciudades y vinculados a las poblaciones de rentas medias y altas (Friedland, 1994; Ploeg, 2008). Estas redes territoriales jerarquizadas se entrelazan con la competencia intersectorial que ha consolidado el control corporativo dentro de las cadenas agroalimentarias globales, tras un intenso proceso de fusiones y adquisiciones tanto en las industrias de insumos y de transformación como en la distribución comercial (McMichael, 2009). En especial, la distribución comercial, que controla el acceso a unos mercados crecientemente saturados, ejerce un poder estratégico en la cadena al fijar tanto precios y volúmenes

comprados a los agricultores como parámetros de calidad de los productos (Burch y Lawrence, 2005). La búsqueda por parte de estas grandes empresas de un aprovisionamiento continuo de verduras frescas a bajos precios durante todo el año ha conformado una "economía de archipiélago" (Veltz, 1999) en la que los territorios rurales, como es el caso de Almería, convertidos en 'enclaves agrícolas' compiten entre sí por la inserción subordinada en las cadenas globales agroalimentarias. Cumplir con las exigencias de los mercados globales se traduce en lo local en procesos de intensificación de la producción y reorganización de los procesos de trabajo (Bonanno y Busch, 2015). Es por ello que los cambios en la organización social del trabajo se han convertido en un elemento central en los estudios sobre la sostenibilidad social de los enclaves productivos agrícolas (Bonanno y Cavalcanti, 2014; Pedreño, 2014a).

Comprender las transformaciones del trabajo desde un enfoque de sostenibilidad social requiere un análisis socio-cultural y económico que vaya más "allá de las relaciones laborales «de dependencia» o «de empleo», como parte de un terreno [...] más amplio que incluye relaciones sociales productivas y reproductivas en el proceso de reproducción material de una sociedad" (Narotzky, 2004: 61). En su acercamiento a los enclaves agrícolas globales, Pedreño (2014b) propone atender a las vinculaciones entre mercados, relaciones sociales de producción y vida e interrogarse por el impacto de las lógicas económicas y productivas específicas de estos enclaves sobre las relaciones sociales, tanto sobre las relaciones de trabajo como sobre las condiciones de reproducción social de la vida local (Pedreño, 2014b: 15). Siguiendo la crítica planteada desde la economía feminista de la ruptura, atender a la sostenibilidad social significaría repensar y problematizar el binomio economía-trabajo desde parámetros que, en lugar de regirse por la lógica del mercado, el crecimiento y la acumulación, se orienten a comprender cómo se sostiene la vida humana y a costa de qué y quiénes (Carrasco, 2001). Es decir, desplazar los mercados y el beneficio como epicentro de lo económico, para resituar en el centro los procesos y trabajos, domésticos y de cuidado, realizados mayoritariamente por las mujeres (Pérez Orozco, 2006).

Este cambio de paradigma obliga a complejizar la noción de trabajo y el análisis de las relaciones socioculturales en los enclaves agrícolas al menos en tres direcciones complementarias. En primer lugar, la comprensión de que el trabajo está arraigado de forma radical en la organización social y en el conjunto de instituciones sociales, y no solamente en el mercado y/o Estado-políticas públicas (sino también en las asociaciones de productores, grupos domésticos, redes migratorias, etc.). Esta mirada permite aproximarse al trabajo desde la relación familia-mercado laboral-políticas públicas (como un todo social), lo que a su vez permitirá conocer la conexión existente entre determinados modelos de familia, el Estado y la economía capitalista (Carrasco, 2006).

En segundo lugar, una mirada compleja requiere contemplar las diferentes dimensiones socio-culturales que atraviesan y configuran el trabajo (Florido, 2002). Si el trabajo es y articula la totalidad de los procesos y actividades para atender las necesidades humanas, es también un espacio desde el que se da forma a las relaciones y comportamientos sociales y se dota de sentido al mundo en que vivimos. Es, pues, un ámbito privilegiado para la construcción de las identidades colectivas. En tercer lugar, como bien constataron los estudios pioneros sobre la agricultura industrial californiana (Thomas, 1985; Wells, 1996), el origen étnico, las relaciones de sexo-género y el estatus de ciudadanía (legal/illegal) constituyen tres variables estructurales de la organización –y fragmentación– social del trabajo.

Conectar el trabajo con la vida cotidiana de las personas e insertar sus trayectorias laborales en el marco de sus trayectorias vitales más amplias permite abordar el conflicto que se da en los enclaves agrícolas entre el objetivo del beneficio que subyace a la lógica del mercado y el objetivo que persigue el enfoque de la sostenibilidad social de garantizar una vida digna para los temporeros inmigrantes, las trabajadoras de los almacenes, las familias agricultoras. En este sentido, se hace necesario desplazar los análisis planteados en términos de "eficacia" del sistema de organización del trabajo, pensada esta en función de la rentabilidad económica, y alejarse de la concepción instrumental del trabajo y de los trabajadores/as migrantes que domina en las políticas laborales y migratorias (Morice, 2007), para situarse en un enfoque preocupado por la vinculación entre trabajo, derechos y ciudadanía (Castro, 2014).

Partiendo de estos antecedentes teóricos, el principal objetivo de este estudio es comprender la organización social del trabajo en el modelo productivo almeriense desde una perspectiva de sostenibilidad social. En concreto, el texto se aproxima a los principales rasgos, percepciones culturales y relaciones sociales sobre las que se organiza el trabajo tanto en el seno de los grupos domésticos propietarios de las explotaciones, en las propias explotaciones agrarias y los almacenes, como en el mercado laboral sostenido sobre el trabajo inmigrante. Para ello se han definido dos hipótesis de investigación. La primera parte de la idea de que existe una contradicción entre el papel central que ocupa el trabajo de las mujeres (en el ámbito doméstico y en el mercado) y el trabajo asalariado inmigrante para la continuidad del modelo, y la tendencia estructural a minusvalorar y/o invisibilizar tales trabajos. Es decir, que las categorías de etnicidad y sexo-género son empleadas como mecanismos institucionalizados de desvalorización del trabajo. Trabajos que son, al mismo tiempo, necesarios y constitutivos del modelo. La segunda hipótesis de partida mantiene que la organización del trabajo se estructura sobre un conjunto de insostenibilidades sociales que ponen en jaque las condiciones de trabajo y la vida de quienes lo realizan.

Para abordar los objetivos planteados se ha seguido una metodología cualitativa apoyada en las técnicas de investigación de la entrevista en profundidad y la observación participante. Los datos empíricos se obtuvieron a partir del trabajo de campo etnográfico realizado en la zona de estudio durante las campañas 2012-2013 y 2013-2014. Durante el periodo de investigación fueron realizadas un total de treinta entrevistas a informantes representativos de los diferentes grupos sociales: agricultores y agricultoras, temporeros inmigrantes, trabajadoras autóctonas e inmigrantes de los almacenes de envasado, representantes de asociaciones agrarias, organizaciones sindicales y ONG¹. Las observaciones participantes, desarrolladas en las explotaciones, alhóndigas y cooperativas, en los alojamientos, espacios de sociabilidad de los pueblos y en el ámbito de intervención de las organizaciones sociales, han venido a complementar la información extraída de las entrevistas cualitativas.

Globalización y crisis de rentabilidad en el enclave hortícola de Almería

El Poniente almeriense es hoy un "enclave agrícola" inserto en cadenas globales en las que la ruptura de la estacionalidad es estratégica. En 29.597 hectáreas de invernaderos en 2015, el 0,77 por ciento de la superficie cultivada en Andalucía, se produjeron 3,2 millones de toneladas de hortalizas (Fundación Cajamar, 2015). Los rendimientos en la horticultura almeriense, 109 toneladas por hectárea en 2015 y 106,8 en 2013, son dos veces y media superiores a los rendimientos de hortalizas en Andalucía estimados en 46 toneladas hectáreas en 2013, último año para el que se

-
- 1• Para la selección de la muestra se han tenido en cuenta los siguientes criterios: a) la inclusión de representantes de los diferentes sectores sociales para ofrecer una visión de conjunto de las distintas posiciones y visiones; b) la variable de sexo-género, a fin de evitar el sesgo androcéntrico, contemplar las experiencias de vida y trabajo de las mujeres y abordar las desigualdades de sexo desde un enfoque relacional; c) la edad de los productores/as, con el objetivo de acceder a las trayectorias laborales y vitales de quienes cuentan con cierta perspectiva histórica pero también de los y las jóvenes que se proponen dar continuidad (o no) al modelo; d) la diversidad de organizaciones, tanto las que trabajan con las y los agricultores como aquellas implicadas en los problemas y luchas de los y las trabajadoras asalariadas. En el texto las distintas personas entrevistadas aparecen con nombres ficticios con el fin de preservar la privacidad.

disponen de datos regionales (CAP, 2013). Los invernaderos de Almería ocupaban en 2013 el 24,3 por ciento de la superficie de cultivo de hortalizas de Andalucía aportando sin embargo el 54,4 por ciento de las toneladas y el 55,5 por ciento del valor monetario de la producción regional de hortalizas que a su vez representaba el 30 por ciento de la producción final agraria. Además, la agricultura almeriense se caracteriza por la elevada especialización productiva en torno a un número reducido de cultivos ya que cuatro de ellos (tomate, pimiento, pepino y calabacín) representan más del 70 por ciento de la producción local (Fundación Cajamar, 2015).

La horticultura almeriense se organiza mayoritariamente en pequeños invernaderos, de 1,5 hectáreas de media, de propiedad y gestión familiar del tipo "raspa y amagado" con estructura de metal y cubierta de plástico y en regadio pese a la escasez estructural de agua en la región². La pobreza natural de los suelos, cuando no la ausencia de los mismos que es sustituida por enarenados, sustratos y soportes hidropónicos, unida a la búsqueda de crecientes rendimientos, requieren elevadas dosis de fertilizantes, en su mayoría inorgánicos. En un entorno confinado como el invernadero proliferan las plagas y enfermedades por lo que, pese al avance de los métodos de lucha integrada o incluso ecológica, el uso de fitosanitarios es muy elevado. Se trata, pues, de un sistema de cultivo con altos requerimientos de capital; la producción de hortalizas en Almería en la actualidad exige tanto elevadas inversiones como importantes niveles de consumo de agua, materiales y energía, en su mayoría no renovable (López-Gálvez y Naredo, 1996; Delgado y Aragón, 2006). A la vez, la horticultura intensiva es laboriosa y requiere muchas horas de trabajo en finca, a menudo en condiciones climáticas duras por las altas temperaturas. La intensidad y dureza del trabajo, junto con las necesidades crecientes de trabajo, explican que el trabajo familiar haya dado paso a un acelerado proceso de salarización en el que la mano de obra asalariada que se incorpora a los invernaderos es mayoritariamente inmigrante (Martín y Rodríguez, 2001).

La inserción de la agricultura almeriense en cadenas globales y el conflicto intersectorial en las mismas se ha traducido en lo local en el descenso de los precios percibidos por los agricultores. Según la serie de índices de Cajamar, con base 100 en el año 1975, los precios en la campaña 2014-2015 eran un 40 por ciento inferiores a los percibidos cuatro décadas atrás, con un valor índice de 60, mientras la producción

2• Aunque los acuíferos de Almería fueron declarados sobreexplotados en 1984, la contaminación y degradación continúan dado el déficit hídrico resultado del elevado consumo (Tolón y Lastra, 2010; Dumond *et al.*, 2011).

se ha multiplicado por 4,77, la superficie por 2,2 y los rendimientos por 2,17 (Fundación Cajamar, 2015). Incrementar la producción, aumentando rendimientos y superficie, implica el incremento de los costes de cultivo vinculados a los crecientes requerimientos de capital y trabajo. Sobre todo a partir del año 2000, la crisis de rentabilidad que sufre el modelo (MARM, 2009; Delgado, 2014) acentúa el conflicto distributivo local entre los agricultores propietarios de los invernaderos y la población jornalera asalariada generando una situación socioeconómica de extrema desigualdad con un fuerte componente de clase, pero también étnico y de género (Martín, Castaño y Rodríguez, 1999; Martínez Veiga, 2001). Los datos muestran que esta dinámica del modelo económico y "productivo" es un círculo vicioso que lejos de solucionar el problema local lo consolida en una crisis de rentabilidad que se sostiene hoy sobre la base de la fragilidad del endeudamiento, el conflicto social distributivo local y la degradación de los recursos naturales (Delgado *et al.*, 2015).

Familias agricultoras y organización del trabajo: hogares, campos y almacenes

"Ahora se vive, antes podíamos progresar": dedicación, centralidad del trabajo y redes familiares

Fue la búsqueda de un trabajo que mejorase los ingresos económicos, y con ello los futuros proyectos de vida, el motivo que llevó a antiguos campesinos, jornaleros y pescadores de comarcas vecinas, como Adra o Berja, de las Alpujarras almeriense y granadina o de la Sierra de los Filabres a abandonar sus vidas en las localidades de origen y emigrar a la zona de agricultura intensiva de Almería. Estas migraciones laborales internas, a las que se sumaron los emigrantes retornados en los años setenta del norte del Estado español (Cataluña) y del extranjero, constituyen una pieza clave en la formación social de este enclave. Junto a la política pública del Instituto Nacional de Colonización (INC) y el crecimiento del nuevo sector agroindustrial, deben contemplarse las estrategias de movilidad laboral de los grupos domésticos que derivaron en formas de asentamiento, estableciéndose un fuerte vínculo entre la vida cotidiana de los pueblos y el nuevo modelo productivo.

A este vínculo contribuye, sin duda, la dedicación que exige este tipo de cultivos, intensivos en capital y trabajo. En la primera etapa, el proceso de reconversión laboral; el (auto)aprendizaje de los conocimientos requeridos por las nuevas técnicas de cultivo; la búsqueda de rentabilidad; las limitaciones propias de una fase de incipiente consolidación (en cuanto a infraestructuras, innovaciones tecnológicas y profesionalización), se traducían en intensas jornadas de trabajo familiar que llevaban a supeditar la vida cotidiana al trabajo agrícola³. Así lo refleja la experiencia de Elena Ruiz, que comenzó a trabajar con 13 años –junto a sus seis hermanos– en la explotación familiar de dos hectáreas que sus padres poseían en Las Norias (El Ejido), para pasar, a los 18 años, a trabajar como asalariada en un almacén de envasado en el que lleva empleada 21 años:

De día se trabajaba cogiendo y de noche, en la casa, en el almacén de la casa. Se envasaba el género [de noche] para llevarlo a la alhóndiga. A ver, donde yo vivo es una casa de colonización, de las que daban antiguamente con la tierra, y es una casa grande, tenía, pues, un almacén. Los sábados, los domingos, cuando no se ha trabajado [se refiere cuando ella libraba en el almacén en el que estaba como asalariada] se ha envasado género después de tu trabajo. Sí, yo, eh, bueno, o sea, he podido salir a las nueve de la noche, a las diez [del almacén], desde las siete de la mañana, desde las seis en pie, y llegar a las nueve de la noche, cenar un poco y irte al patio con la luz a seguir envasando [el género, esta vez, de la producción familiar].

Esta dedicación, lejos de reducirse con el paso del tiempo y el avance tecnológico, se ha mantenido e incluso, en ciertos aspectos, se han acentuado las formas de auto-explotación laboral presentes desde sus orígenes. La intensificación de la producción y la prolongación de la campaña conllevan un aumento de la carga de trabajo y la extensión de la actividad agrícola durante prácticamente once meses al año. A ello se une el desasosiego, tensión e incertidumbre con que viven su trabajo en la actualidad, debido en buena medida al desequilibrio de la relación costes/ingresos y al control ejercido por las cadenas de supermercados para imponer los precios. Si las familias agricultoras recuerdan su pasado en las Alpujarras o la Sierra de los Filabres como una vida dura ("no se prosperaba nada... se vivía, pero nada más"), resulta significativo que

3• Para un análisis de las modificaciones en los aspectos productivos y de trabajo, tras la reconversión a la agricultura intensiva, que influyen en las identidades socio-culturales de los horticultores almerienses, véase Camarero *et. al.* (2002).

la prosperidad buscada con la emigración y la reconversión laboral haya culminado, en la fase actual, en un sentir muy generalizado que considera que con el invernadero únicamente "se vive": "Ahora se vive, antes podíamos progresar [en alusión a los años ochenta y parte de los noventa], ahora estamos manteniéndonos", lamenta un matrimonio propietario de una explotación de tomates en el Campo de Níjar.

Porque aquí el trabajo nuestro ha ido in crescendo, ¿no? Ha ido... al principio no teníamos invernaderos ni nada y se ponía el sol y se acababa de trabajar y era una alegría. Luego ya teníamos el almacén y, bueno, pues podíamos un poco más tal pero no teníamos electricidad en el almacén, ya se le puso electricidad al almacén y ya nos perdimos [ríe], ¿sabes? Y como la cosa ha ido de forma que cada vez ha habido que ir produciendo más, de alguna manera, trabajando más para ganar lo mismo y a veces menos. Entonces hubo ahí unos años en los que se mantenía, se mantuvo un poco la renta porque se subió la producción. ¿Qué quiere decir subir la producción? Pues quiere decir trabajar mucho más y echarle muchas más horas, que no son 8 horas ni muchísimo menos. (Mari Luz Gómez, agricultora de una explotación de 9.000 metros)

La centralidad que el trabajo en la explotación ocupa en la vida de las familias agricultoras ayuda a entender otro de los elementos característicos de la organización del trabajo: la porosidad de las barreras que separan el ámbito doméstico y la explotación agrícola. Aunque en el caso almeriense las viviendas no se encuentran ubicadas en la propia finca, el trabajo del campo está muy presente en los hogares, como consecuencia de ese "estar permanentemente pendiente" (constantes idas y venidas entre las fincas y los hogares, temas de conversación en el grupo doméstico, continuidad de ciertas tareas del campo en el espacio-tiempo doméstico). Al mismo tiempo, ciertas tareas asociadas al ámbito doméstico han tenido su continuidad en el día a día de las explotaciones (el cuidado de los hijos/as, la realización de las tareas escolares).

A esta situación contribuye el rol ocupado por las redes familiares, especialmente hasta mediados de los noventa, periodo en el que llegaban a coincidir en los campos tres generaciones. Estas redes están recobrando cierto peso a raíz tanto de la crisis de rentabilidad del sector como de la fase de recesión económica, y aunque son percibidas como un "apoyo" suponen una fuerza de trabajo importante durante los picos de campaña: "mis consuegros, que han venido a ayudarnos hoy, han venido a echarnos una mano (...). Han venido a ayudar porque si no, no terminamos, aquí a jornal no se puede. La tierra se ha puesto muy malamente, no vale los frutos", señala Rocío Luque, una agricultora de una explotación en la que trabajan de forma permanente el matrimonio y el yerno, y de forma discontinua trabajadores inmigrantes de

origen africano. Junto con otros espacios de sociabilidad como las fincas vecinas, los pueblos, las alhóndigas y cooperativas, las redes familiares devienen un lugar privilegiado para la transmisión de conocimientos, comportamientos y valores sobre el trabajo en el campo. Esto es, para dar continuidad a las culturas productivas y del trabajo y a la identidad de los agricultores.

Desigualdades internas y división sexual del trabajo: los costes sociales de la doble presencia/ausencia

Situar las redes familiares como un elemento importante en la organización del trabajo no significa partir de una concepción idealizada de los grupos domésticos. Por el contrario, la agricultura familiar almeriense desvela un acceso y distribución desigual del dinero, la titularidad de la propiedad, el patrimonio familiar, la cotización a la Seguridad Social, los conocimientos y la formación, el dominio y control de la tecnología, el acceso a créditos, las tareas de administración, gestión y comercialización, la información sobre el funcionamiento de las alhóndigas, cooperativas u organizaciones agrarias, como ha denunciado CERES, la asociación de mujeres rurales de COAG.

Rocío Luque ha estado vinculada al campo desde que nació. Se crió "como antiguamente, en las espaldas, como solían decir. Nos metían en la espalda y hala, al campo todos". Empezó de niña recogiendo almendras en su pueblo de origen, Albuñol (Granada); siguió con el trabajo en el invernadero familiar en el Poniente almeriense y, unos años después, tras la muerte de su padre, con el trabajo como asalariada en los campos de flores. En la actualidad es agricultora, junto a su marido, en una explotación de 8.000 metros:

Luego ya murió mi padre y ya tuvimos que dejar la tierra, porque mi madre, una hermana que tengo menor y yo, ¿qué hacemos tres mujeres llevando tierra? Pues tuvimos que dejar la tierra y nos metimos a trabajar a jornal pero en las flores [en la empresa Tierras de Almería]. (...) [En relación a su situación actual] Claro, mi marido es autónomo. Yo ni autónoma, ni eventual, ni nada, yo soy trabajadora hasta la muerte, como yo digo, y ya está, es lo que hay. No se puede, si es que no se puede. Está pagando de sello casi 300 euros al mes. Si yo pagara otro igual ¿qué?, dos niñas que tengo. (Rocío Luque, agricultora)

La experiencia narrada por esta agricultora ilustra las dinámicas y prácticas en que se materializa la percepción cultural que define la figura del padre como el "cabeza de familia" y lo concibe como "el" responsable-propietario de la explotación,

negando a las mujeres la capacidad de gestionarla y mantenerla. La propia realidad de la agricultura industrial de Almería, en la que no son pocas las mujeres que gestionan explotaciones, pone en tela de juicio tales creencias y prácticas culturales. Si bien las agricultoras son conscientes y hacen explícita la situación de desigualdad respecto de sus maridos, también lo es que el peso de la normalización y naturalización de las formas de división sexual del trabajo sigue imponiéndose en los campos de Almería. La trayectoria de la abuela, la madre y la propia María Delgado, una agricultora de 39 años, refleja a través de tres generaciones el modo en que las mujeres concilian los distintos tiempos y espacios de trabajo y las implicaciones sociales que derivan de esta situación:

Mi abuela, mi abuela era... pues al par de él, el 50%. Luego llevaba la casa, mi abuelo se iba a la corrida [la alhóndiga] y ella pues se quedaba en la casa, pues haciendo la... (...) El embarazo, vamos, hasta última hora, como ella decía, "me descuido, tenía a los niños ahí en el bancal", pero luego se recuperaba del parto y tal, y era... Y los niños, con una cajita de esas de cartón, ahí los ponía en el cañizo, en un cañizo y ahí (...) Mi madre, sí, hasta que se casó estuvo trabajando, aportaba en la casa y ayudaba en el invernadero.

(...) Dejé de estudiar, me fui a trabajar a la hostelería. [Su marido le dice] "pues vente conmigo, yo te pago un sueldo y tal y por lo menos aquí estás más a gusto" [su marido, originario de Adra, heredó 5.000 metros de sus padres, que ampliaron posteriormente a 11.000, pero actualmente trabaja en una empresa de impermeabilización de su propiedad]. (...) Tengo una niña de 12 años que esta entra a las 8:15 al instituto, y tengo luego el pequeño que tiene 8 años que entra luego, tiene un horario distinto, entra a las 9:00 al colegio. Entonces, por ejemplo, si una mañana, un día tengo que coger los pepinos y calculo yo que si llevo al niño a las 9 no me va a dar tiempo, entonces se lo dejo a la vecina. (...) Entonces llego, si por la noche no me he dejado la comida preparada, pues preparo algo, que no me he dejado la comida preparada, pues la preparo, y a las dos sale el pequeño. Comemos, el padre se viene a comer, él y yo. (...) Entonces me lo llevo [al pequeño] al invernadero conmigo, me engancho a las 15:00, a las cuatro menos cinco le estoy diciendo, "¡Carlos, vamos! Vamos que te llevo al fútbol!", todo esto con bata, guantes. Con guantes, no me quito ni los guantes. Entonces me voy, lo llevo al campo de fútbol, se baja, "¡no te muevas de aquí que luego...!". Claro, y me voy otra vez al invernadero, todo esto, a las cinco y media lo recojo. (...) Si estoy cogiendo pepinos le digo al entrenador, "Manolo, un cuartillo de hora me voy a retrasar". Y entonces lo voy haciendo todo. (...) Y luego Miriam tiene martes, jueves y viernes [gimnasia rítmica] aquí en Vícar, yo

estoy en Roquetas. Pero todo esto por los caminillos, ¡chun, chun, chun!, para arriba y para abajo.

La experiencia de vida y trabajo de las agricultoras muestra, en primer lugar, cómo las mujeres se organizan para estar presente en los trabajos agrícolas y en el ámbito doméstico. Esta doble presencia/ausencia simboliza "el estar y no estar en ninguno de los dos lugares y las limitaciones que la situación comporta bajo la actual organización social" (Carrasco, 2001:12). En segundo lugar, descubre la vigencia de las creencias culturales que consideran el trabajo de las mujeres –tanto en el hogar como en el campo– como una 'ayuda'. Su doble presencia/ausencia refleja, en tercer lugar, que sigue sin trastocarse la distribución de los trabajos de cuidados en función del sexo y sin realizarse un verdadero reparto del trabajo doméstico. Esta situación evidencia cómo el objetivo del cuidado de la vida humana queda supeditado al objetivo de la lógica del mercado, según el cual los ritmos y horarios de este último se imponen sobre las necesidades y ritmos del primero (Picchio, 1999; Pérez Orozco, 2006). Una lógica que oculta, además, la importancia de estos trabajos para el mantenimiento del modelo productivo almeriense.

En los años noventa se observa el progresivo abandono de una parte de los miembros del grupo doméstico del trabajo en la explotación, ya sea por la dedicación exclusiva al trabajo doméstico, la reorientación hacia otros empleos o por motivos relacionados con los estudios (Martín y Rodríguez, 2001; Rodríguez, 2003). Este proceso, que fue acompañado de una creciente salarización del trabajo, se explica por el incremento del poder adquisitivo, pero también por los valores culturales que orientan y dotan de sentido las estrategias laborales y formas de vida de las familias agricultoras. Al igual que ha sucedido en el cultivo intensivo de la fresa en Huelva (Reigada, 2012), en los campos de Almería la vuelta de las agricultoras al hogar es interpretada en términos de prosperidad y calidad de vida:

Entonces, también, ¿qué ocurrió?, que como la economía del invernadero en los años 80 iba bien, cuando tú tienes mayor poder adquisitivo, pues ¿qué es lo primero que quieres hacer? Pues tu mujer, tus chiquillos, que tengan también, compartir mejor calidad de vida. (...) Entonces tú, a los abuelos ya son los primeros que se apartaron, que iban muchos abuelos al invernadero, los primeros que se apartaron. Las mujeres, que podían quedarse en la casa porque tenían familia, pues se quedan a cuidar la casa y los niños. Los agricultores empezamos a preocuparnos, porque como teníamos poder adquisitivo, pues ¿qué es la mejor inversión que se puede hacer con un hijo? Venga, a la universidad, darle estudios. Y nos empeñamos en darle estudios y que fueran a la universidad y que se

prepararan. (...) El invernadero era el peor castigo que podía hacer un padre con el hijo, llevarlo en aquellos años al invernadero, porque eran trabajos duros, con calor en verano, en invierno con frío. (Juan Manuel, agricultor del Poniente almeriense)

La división sexual del trabajo y la distribución desigual del poder quedan expresadas en las argumentaciones y percepciones culturales contenidas en la voz de este agricultor: mientras que las mujeres [agricultoras] tienen familia, los agricultores [varones] tienen poder adquisitivo.

Mercado de trabajo y migraciones internacionales: precariedad de las relaciones laborales y las condiciones de vida

Diversificación y complejidad de las migraciones laborales internacionales

El progresivo abandono de una parte de los miembros del grupo doméstico del trabajo en la explotación coincide, en los años noventa, con un contexto de intensificación de la producción y el trabajo. El requerimiento de un volumen mayor de mano de obra se traduce en un proceso de salarización del trabajo apoyado, fundamentalmente, en las migraciones laborales internacionales⁴. Factores endógenos al mercado de trabajo, como la demanda de mano de obra extranjera, deben articularse con otros factores sociales como la orientación de los flujos laborales y la consolidación de las redes migratorias. Integradas por paisanos, vecinos y familiares, estas redes constituyen una vía importante de suministro de mano de obra e inciden en la composición social de la misma. En este sentido, la diversificación de los circuitos y la complejidad

4• Los datos demográficos revelan cómo los movimientos migratorios no solo no se han frenado en los últimos años, sino que continúan en ascenso: la población de la comarca del Poniente almeriense ha aumentado, en la última década, en casi 90.000 habitantes, gran parte de los cuales son inmigrados (Jiménez Díaz, 2011).

de los patrones migratorios observadas en otras agriculturas intensivas (Gadea, Ramírez y Sánchez, 2014), se identifica también en Almería.

Las migraciones magrebíes, que comenzaron a dirigirse a Almería –y otras agriculturas mediterráneas (Murcia, Valencia y Cataluña)– en la segunda mitad de la década de los ochenta (Giménez, 1992), fueron seguidas, una década después, por la migración originaria de Mauritania y del África subsahariana (Senegal, Mali, Nigeria, Costa de Marfil). En este periodo se trataba de una inmigración laboral fundamentalmente masculina y joven, contratada en destino y de carácter temporal, integrada por trabajadores en situación tanto regular como irregular, y con un alto grado de movilidad entre las explotaciones y el circuito de campañas agrícolas. El perfil masculino y el patrón migratorio se corresponden con unas concepciones y usos concretos de la movilidad laboral. Si socialmente se espera de las mujeres una movilidad más planificada, controlada y limitada en el espacio y en el tiempo, se presupone a los varones más susceptibles de embarcarse en formas de movilidad más arriesgadas, inciertas, prolongadas y autónomas⁵. Ello explica que las estrategias de asentamiento seguidas por buena parte de estas migraciones masculinas africanas, que actuaron como polo de atracción y arrastre, fuesen acompañadas de un proceso de reagrupación familiar en el que las mujeres e hijos/as se incorporarían al proyecto migratorio. Las migraciones laborales africanas que continúan 'instauradas' en la movilidad geográfica y laboral, encadenando el trabajo en Almería con la campaña de la aceituna en Jaén, la fresa en Huelva u otros sectores laborales, siguen respondiendo a un patrón de migración circular claramente masculinizado.

A la fuerza de trabajo integrada por inmigrantes magrebíes y subsaharianos se suma, en el siglo xxi, aquella procedente de América Latina (fundamentalmente de Ecuador) y Europa del Este (en especial de Rumanía). La emigración ecuatoriana responde a un patrón diferenciado del de las migraciones laborales anteriores. La estrategia de movilidad laboral se inserta en un proyecto migratorio de carácter familiar y se aleja de la circulación territorial para proceder al asentamiento. En el sector agrícola almeriense es habitual, sin embargo, que sean los varones quienes partan pri-

5• Aunque estas concepciones culturales han guiado estrategias migratorias como las que aquí se describen, desde los años noventa los estudios feministas sobre migraciones internacionales en el Estado español vienen denunciando el sesgo androcéntrico de las investigaciones que invisibilizan el peso de las migraciones encabezadas por mujeres (Gregorio, 1999) y obvian la manera en que la intersección entre el género y los condicionantes económicos, sociales y políticos conduce a las migraciones femeninas (Parella, 2003).

mero. Carlos Peña y Delia Morales emigraron desde Guayaquil (Ecuador) a El Ejido en 2001. En su ciudad natal Carlos trabajaba en una empresa de cartón y Delia en el ámbito doméstico cuidando a su hija. Fue él quien inició el proyecto migratorio, cuatro meses después se incorporó ella y en 2006 su hija, que entonces tenía siete años. Su llegada a los campos de Almería refleja el papel de las redes migratorias integradas por familiares y paisanos en la orientación de los flujos laborales y en el proceso de instalación; el patrón migratorio basado en el asentamiento y la reagrupación; y el modo en que estas redes de contactos constituyen una vía de suministro de mano de obra para el mercado de trabajo:

Yo vine a lo de un pariente de una hermana mía que estaba aquí y todavía sigue aquí. De aquí no me he movido. Claro, él me facilitó una habitación. Compartía con otro amigo más de él, y ahí llegas mientras te adaptas. La primera semana trabajé tres días y después se me hizo difícil porque no tenía papeles y claro, mientras que tú no eres conocido, no tienes amigos, hasta que hice amistad y eso. En los invernaderos días sueltos hay trabajo, antes había más empleo también en los invernaderos, lo que había es menos gente también. (Carlos Peña, trabajador ecuatoriano)

Los trabajadores y trabajadoras procedentes de Europa del Este, especialmente de Rumanía, llegan a este enclave agrícola fundamentalmente a través de dos vías: las redes migratorias originarias de estos países ya asentadas en el Estado español y las migraciones pendulares promovidas desde las políticas de contratación en origen introducidas en la agricultura almeriense a principios del siglo xxi. Siguiendo la experiencia del cultivo de la fresa en Huelva, estas políticas persiguen aunar las directrices de las políticas migratorias europeas y estatales, apoyadas en una concepción instrumental de la migración laboral, y los intereses de los productores, preocupados por obtener una mano de obra que responda a las necesidades y ritmos del mercado de trabajo. Las contrataciones en origen, gestionadas a través de las asociaciones de agricultores (Coexphal, COAG y ASAJA), comenzaron a descender a raíz del aumento del desempleo y las medidas gubernamentales adoptadas ante la crisis económica. Si en la campaña 2007/2008 se realizaron en torno a 3.900 contratos, en la siguiente campaña este número descendió a algo menos de 2.500. En la actualidad, salvo casos puntuales, prácticamente han desaparecido, como advierte el responsable de contrataciones en origen de COAG-Almería.

Fragmentación y disponibilidad de la mano de obra

La evolución y sustitución de la mano de obra que ha seguido la agricultura almeriense revela cómo la etnización del mercado laboral ha supuesto una creciente fragmentación de la clase trabajadora. Esta debe entenderse en relación con un presupuesto clave: si la mano de obra integrada por personas inmigrantes y mujeres se ha convertido en un pilar indispensable para el sostenimiento de este enclave productivo es porque sus circunstancias sociolaborales y vitales garantizan la disponibilidad, flexibilidad y contención salarial requeridas por el mercado de trabajo. Cabe recordar, en este sentido, que la norma de empleo configurada en los enclaves agrícolas globales se basa en unas condiciones de trabajo caracterizadas por un elevado grado de trabajo informal, alta temporalidad y estacionalidad, jornadas variables e intensas, salarios bajos, ausencia de negociación colectiva y flexibilidad extrema (Castro, 2014: 59).

La segmentación sexual del mercado de trabajo es uno de los mecanismos que interviene en el proceso de fragmentación. La feminización del trabajo en los almacenes, presente desde los orígenes del cultivo, se apoya en un conjunto de valores culturales que asocian las actividades de envasado y manipulado con una serie de cualidades vinculadas con la naturaleza fisiológica de la mujer: la mayor delicadeza, sensibilidad, destreza y habilidad para manipular productos en fresco que requieren llegar en buenas condiciones a los mercados europeos. Estas ideologías sexuales son las mismas que operan en los trabajos de recolección de productos que se consideran especialmente delicados, como la fresa en Huelva o el tomate cherry en Almería:

La cosa [con los contratos en origen] funcionaba bien porque, además, le damos el perfil que él pedía, ¿vale? Porque, por ejemplo, qué te digo yo, si eres un agricultor que tenía *cherrys*, que necesita mucha mano de obra pues prefería mujeres que hombres, porque las mujeres son mucho más activas a la hora de coger el *cherry*, no sé. (responsable de una organización agraria)

Estos valores cobran especial relevancia en las cadenas globales en las que la buena presencia del producto es central en las estrategias productivas. Tales cualidades se contraponen con aquellos valores otorgados a los varones, que pasarán a realizar las tareas pesadas que requieren fuerza física en almacenes y campos (cargar y descargar cajas, cavar, montar y desmontar los plásticos). Sin embargo, bajo estas ideologías sexuales sobre el trabajo, los hombres acaban realizando tareas que no requieren tanto fuerza como conocimientos y experiencia práctica: tratamientos agroquímicos, riego, conducción del tractor y el camión son trabajos que, cuando no

los realizan los hombres de la familia, son asignados a trabajadores inmigrantes varones. A ello se suman las labores de gestión, comercialización, supervisión y control, las tareas técnicas y de ingeniería agrícola, trabajos considerados cualificados y que, en gran medida, siguen siendo concebidos como masculinos.

Las ideologías sexuales en torno al envasado y manipulado de productos en fresco y de primor encubren, bajo los valores de la sensibilidad y delicadeza, un trabajo duro, monótono y repetitivo, que exige una postura incómoda y poco saludable que termina en lesiones y bajas por enfermedad, mal remunerado y con jornadas extenuantes. La queja tan extendida entre las almaceneras, "aquí se sabe cuando se entra pero no cuando se sale", expresa cómo esa flexibilidad laboral característica de la norma postfordista se traduce en una profunda precarización laboral y vital. La experiencia de trabajo de Ana Jiménez refleja los costes sociales derivados del trabajo en el almacén y de la supeditación de los trabajos domésticos y de cuidados a los ritmos y horarios de aquél:

Pues uno tiene un año y el otro tiene cinco [sus hijos]. Una locura. Pues uno lo dejó en la guardería a las 7:30 y otro lo dejó en el colegio. El padre deja a uno en el colegio y yo dejo a otro en la guardería. Luego a las 14:00 los saca mi cuñada que no trabaja, porque no tiene trabajo ahora mismo, los saca del colegio y se los lleva y están en la casa de mi suegra. (...) A los tres meses y medio de tener el niño al trabajo. (...) Los dejas muy pequeños y ¿qué haces? Pues nada. Y las noches sin dormir, que no duermes, tan pequeños es que no duermes. Y te vas a trabajar pues casi sin dormir. Porque no es lo mismo estar en un invernadero que tú puedas llevar el niño al colegio a las 9:00 de la mañana y irte al invernadero, que tener que entrar a las 8:00 de la mañana allí y no poder faltar, y a lo mejor tienes que faltar alguna hora o algo y tienes que pedirle permiso. En tu trabajo no, en tu trabajo pues bueno, "voy a echar hoy dos horas más por mañana", en un invernadero pues puedes entrar y salir cuando tú quieras, porque es tuyo. O te puedes llevar al niño por la tarde, estás con él allí.

Delia Morales, de origen ecuatoriano, comenzó trabajando en un invernadero con su marido, de ahí pasó a cuidar a una niña como trabajadora interna mientras su familia cuidaba de su hija en su ciudad natal, hasta que consiguió empleo en un almacén de la zona. Tras reagrupar a su hija, los horarios del almacén y la falta de unas redes familiares en Almería tan sólidas como las de las trabajadoras autóctonas le llevaron a buscar trabajo en un hotel. Este horario le permite sacar adelante el trabajo

orientado al mercado y el cuidado de sus dos hijas de trece y dos años, aunque con ayuda de las redes de mujeres inmigrantes⁶:

Un día yo entré a trabajar desde las 15:00 hasta las 3:00 a.m. Yo en ese tiempo las berenjenas las veía todas del mismo color, a esa hora ya no podía trabajar, ya andaba como zombi. Aunque ganabas dinero, a mí me gustaría estar en una cooperativa, pero por mis hijas no puedo. Antes yo trabajaba ahí porque no teníamos ni a la grande, estábamos los dos aquí solos. Pues yo trabajé tres meses en un almacén, después en otro trabajé tres meses y así. [Ahora en el hotel]⁷ hago de 10:00 a 16:00 y la niña está hasta las 15:15 en la guardería, y pues a mí me la saben recoger y traer aquí. (...) Una amiga, con la que salí embarazada mismo del hotel, ella también tiene sus niños. Nos hemos puesto juntos para así ayudarnos ¿sabes?

La flexibilidad, disponibilidad y precariedad salarial constituyen, también, la norma de empleo en el campo. El salario a jornal está sujeto a la extrema eventualidad e inestabilidad de un trabajo sujeto a los picos de campaña y los precios del mercado. Las mejores condiciones de los trabajadores "fijos" que han logrado años de continuidad en la misma explotación, contratos durante toda la campaña y cotizar en la Seguridad Social (aunque generalmente de forma parcial), se traducen en cierta estabilidad laboral y vital: mayor seguridad en el trabajo y confianza por parte del patrón, regularización de la situación, mayor posibilidad de reagrupación familiar y acceso a una vivienda en los pueblos. La continuidad laboral lograda por los trabajadores inmigrantes puede facilitar la incorporación de sus esposas al trabajo en el invernadero, donde sobresale la discriminación salarial en función del sexo. Es el caso de Gabriela León, que gana poco más de treinta euros por jornada de trabajo, mientras que su marido, por el mismo número de horas, recibe diez euros más.

La dinámica del mercado de trabajo y la orientación de las políticas públicas establecen una fractura entre el colectivo de trabajadores "fijos" y aquellos insertos en la eventualidad laboral. Esta última implica una mayor degradación de las condiciones de trabajo, especialmente cuando esta fractura queda atravesada por la división que

-
- 6• La experiencia de las mujeres inmigrantes ilustra la importancia que adquieren las cadenas mundiales de mujeres (Hochschild, 2001; Sassen, 2003) en el sostenimiento no solo de los trabajos de cuidados, sino también de las migraciones laborales y, con ello, de los enclaves productivos agrícolas.
 - 7• En 2012 logró, gracias al asesoramiento e intervención sindical del SOC-SAT, que la incorporasen en el hotel del que había sido despedida, junto con otra compañera inmigrante, tras quedarse (ambas) embarazadas. Su objetivo ahora es recuperar el contrato de 8 horas que tenía antes del despido.

se establece en función del estatus legal/illegal del trabajador inmigrante. La falta de continuidad y planificación, la incertidumbre sobre los días de la semana que se va a trabajar, los periodos de paro forzado o la rotación interparcelaria generan una situación de inseguridad y vulnerabilidad no solo laboral, sino vital:

Pues que cuando no tienes documentación, sí que es verdad que estás más expuesto a tener que soportar pues, primero, esa realidad sangrante que significa trabajar en los invernaderos en Almería, que no es que sea de continuo, es que es realmente insoportable, quiero decir que trabajas un día dos horas, luego de cinco dos días enteros, o luego dentro de siete otro día o lo que sea. Ese segmento de los trabajadores que hace falta para mantener el sistema de producción que hay, sobre todo las pequeñas explotaciones, es tan, tan eventual, eso lo soporta quien no tiene otra oportunidad. (...) [Como un trabajador sin la documentación] tiene 4 o 5 empleadores, le pueden decir "oye, pues mira, mañana conmigo tres días, o mañana conmigo un día", va a patearse sitios donde hay, o las clásicas rotundas donde se concentra gente, van ahí a buscar. Tienes que desplazarte hasta ahí. Entonces, para facilitarlo es por lo que se tensó desde el principio a irse a los cortijos que están en mitad de los invernaderos. Y si no hay cortijos pues hay chabolas (responsable de la ONG Almería Acoge).

La división entre inmigración legal e ilegal construida desde las políticas migratorias es un elemento decisivo en la construcción jerarquizada de categorías de trabajadores y obliga a conectar mercado, instituciones políticas y sistema jurídico. Esta distinción resulta funcional al "utilitarismo migratorio" (Morice, 2007) desde el que tanto el capital como el Estado gestionan los flujos migratorios. Debe tenerse en cuenta, en este sentido, el incremento de las trabas para obtener la documentación, en comparación con los procesos de regularización que tuvieron lugar los primeros años del presente siglo. Al mismo tiempo, se acentúa la criminalización y desprotección de los trabajadores inmigrantes considerados ilegales, a los que las políticas públicas, el sistema jurídico y el mercado niegan derechos laborales, sindicales y sociales, como el acceso a los servicios sanitarios o la reagrupación familiar. Por otra parte, como bien advierte el responsable de la ONG Almería Acoge, existe una conexión clara entre la vulnerabilidad derivada del estatus de ciudadanía, la acentuación de la precariedad laboral y la degradación de las condiciones de vida⁸.

⁸ Diferentes análisis empíricos han constatado los problemas derivados del modelo residencial y de integración socio-cultural sobre el que se sustenta la agricultura almeriense (Martín *et al.*, 1999; Martínez Veiga, 2001; Checa *et al.*, 2002).

El incremento de mano de obra disponible está agravando la situación social descrita. En los últimos años se observa una vuelta a los campos almerienses de familiares y vecinos de los pueblos, pero también de un volumen significativo de trabajadores inmigrantes varones que habían abandonado el campo por el sector de la construcción⁹. Relacionado con las ventajas que para los agricultores/as genera la existencia de esta bolsa de reserva de fuerza de trabajo, se observa, además del incumplimiento sistemático del convenio, el uso frecuente del trabajo irregular (aun poseyendo los inmigrantes la documentación en regla):

Yo al principio estuve de un lado a otro, como una pelota. Un mes por aquí hasta que me establecí con un señor y cuando me dieron papeles, cogí los papeles y estuve con él, pero claro, al tener papeles no es lo mismo, porque cuando tú no tienes papeles ellos no te cotizan. Se ahorran dinero y cuando tienes papeles te tienen que descargar jornadas. Y claro, el mes tiene 30 días, pero tú trabajas 25 o 26 días y al cotizarte, para evadir impuestos, te cotizan 3 jornadas o 5 como mucho por mes. (...) Y yo quería sacarme una hipoteca y hablé con mi jefe para que me pusiera las jornadas completas porque la nómina con esos pocos días no me iban a dar el préstamo, nadie te lo da. (Carlos Peña, temporero ecuatoriano)

Yo son 7.000 metros, yo soy agricultora, pero yo me tiro muchos meses sola en la plantación y sí meto puntualmente... Entonces, tú imagínate yo, en mi explotación, ahora cojo el camino y le digo a mi hermano "José, déjame alguien para ayudarme", entonces, ahora que venga inspección, tú dime a mí, que venga inspección y me pille, que yo por tener medio día... Que yo tenga la obligación de... Es que es muy triste, entonces yo creo que yo qué sé, se están pasando tres pueblos. (...) Entonces, tú dime a mí que yo no tengo a nadie, que justamente un día que me surge. (...) Entonces, que hay momentos que tiran a, tiran a machacarnos y no sé... Están que si las inspecciones, que si robos, estamos muy desprotegidos. (Raquel Herrera, agricultora)

9• Dos trabajadores inmigrantes explican que en el periodo del boom de la construcción se ganaba 33 euros por jornada de ocho horas en el invernadero (aunque el convenio establecía 42) y en la construcción "trabajas de lunes a viernes, te respetan el feriado y te pagan más, 50 euros el día, que tampoco es el convenio que era 62, 65 euros. (...) La ventaja que teníamos es que te cotizaban, y en régimen general, y claro, cuando tú echabas paro con régimen general no era igual que con la agricultura. Y eso, ahora la obra se ha venido abajo y hemos vuelto a los invernaderos".

Si algunos agricultores y agricultoras justifican el recurso al trabajo irregular en el periodo actual aludiendo a la crisis que atraviesa el sector y a la incapacidad para asumir mayores costes de producción, llegando a denunciar que el Gobierno, con las inspecciones de trabajo, no hace sino asfixiar las economías de los pequeños productores, es porque en parte lo consideran algo tan puntual que lo perciben como una mera ayuda. La infravaloración del rol fundamental que desempeña el trabajo inmigrante se observa en el modo en que este es invisibilizado en los relatos que los agricultores construyen sobre la historia de sus explotaciones.

Consideraciones finales

El análisis realizado muestra la necesidad de contemplar las interrelaciones e interdependencias de los distintos tipos de trabajo para comprender la organización social del trabajo en la agricultura almeriense. Las trayectorias laborales y vitales de las familias agricultoras revelan que en la vida cotidiana las distintas esferas y tipos de trabajos se hallan integrados y que los trabajos domésticos y de cuidados realizados por las mujeres resultan imprescindibles para el sostenimiento del sistema de producción hortofrutícola y de la vida social en general. La relevancia que adquieren en el conjunto de la economía se contradice con la invisibilización social que sufren como consecuencia del androcentrismo que impregna las concepciones sobre el trabajo. Por otra parte, la continuidad en los campos de Almería de las creencias culturales que interpretan el trabajo de las agricultoras en las explotaciones como una ayuda al trabajo del "cabeza de familia", choca con el protagonismo que estas siguen desempeñando.

Se observa, asimismo, una infravaloración de los procesos de salarización del trabajo y del peso que cobra el trabajo inmigrante. El origen social de las familias agricultoras y la dedicación y entrega al trabajo en los invernaderos explican esta minusvaloración. La negación del trabajo irregular también contribuye a percibir el trabajo asalariado inmigrante como un apoyo, durante los picos de campaña, al grueso del trabajo realizado por el agricultor/a y su familia. Esta infravaloración se corresponde con la tendencia a diluir, en el imaginario social, las contradicciones de clase y étnicas. Estas contradicciones abren la puerta a seguir problematizando de forma compleja las propias ideas de progreso y bienestar que orientan las experiencias y expectativas de los distintos colectivos involucrados.

La dedicación, por parte del agricultor/a, que sigue requiriendo el invernadero cuestiona igualmente la sostenibilidad social del modelo almeriense. Esta dedicación lleva a supeditar –y sacrificar– las formas y condiciones de vida a las exigencias del trabajo orientado al mercado, y va acompañado de un sentir muy generalizado que considera que con el invernadero únicamente “se vive”. Es decir, se garantiza la continuidad de la vida humana, pero no la sostenibilidad de la misma. Las implicaciones de la división sexual del trabajo y de la doble presencia/ausencia de las mujeres constituyen, sin duda, otra de las insostenibilidades del modelo que supedita la vida al mercado.

Otras insostenibilidades sociales derivan del nexo que se establece entre intensificación de la producción, salarización y etnización del trabajo y precariedad laboral. La norma de empleo postfordista basada en la disponibilidad, flexibilidad y contención salarial responde a las necesidades del mercado de trabajo, pero avoca a los temporeros del campo y a las trabajadoras de los almacenes a unas experiencias de trabajo y de vida sumamente precarias. A ello se añade la fragmentación de la clase trabajadora, que no ha hecho sino acentuarse, y que se traduce en una división de categorías de trabajadores/as que refuerza las desigualdades sociales y debilita los derechos de los temporeros/as. La lógica del mercado, las instituciones políticas y el sistema jurídico, al vincular los derechos de ciudadanía al salario y al estatus legal, hace especialmente insostenible la vida de las personas inmigrantes indocumentadas.

Agradecimientos

El contenido de este artículo forma parte del proyecto titulado “Sostenibilidad social de los nuevos enclaves productivos agrícolas: España y México (ENCLAVES)”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (2012-2014, CS0211-2851), coordinado desde la Universidad de Murcia y cuyo investigador principal es Andrés Pedreño. Agradecemos los comentarios de los evaluadores anónimos.

Referencias bibliográficas

- Bonanno, A. y Cavalcanti, J. C. eds. 2014. *Labor relations in global food*. Bingley: Emerald Publishing.

- Bonanno, A. y Burch, L. eds. 2015. *Handbook of the international political economy of agriculture and food*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Burch, D. y Lawrence, G. 2005. "Supermarket own brands, supply chains and the transformation of the agri-food system". *International Journal of Sociology of Agriculture and Food* 13 (1): 1-18.
- Camarero, L., Sampedro, R. y Vicente-Mazariegos, J. L. 2002. "Los horticultores: una identidad en transición (1988)", *Áreas* 22: 43-69.
- CAP. 2013. *Anuario de Estadísticas Agrarias y Pesqueras de Andalucía 2012*. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Carrasco, C. 2001. "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?", *Mientras Tanto* 81: 43-70.
- Carrasco, C. 2006. "La economía feminista: una apuesta por otra economía". En *Estudios sobre género y economía*, coord. M. J. Vara, 29-62. Madrid: Akal.
- Castro, C. 2014. "La desdemocratización de las relaciones laborales en los enclaves globales de producción agrícola". En *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, coord. A. Pedreño, 59-77. Madrid: Talasa.
- Checa, F., Checa, J.C. y Arjona, A. 2002. "La segregación residencial de los inmigrados extranjeros en La Mojónera (Almería): Un espacio de conflicto étnico", *Portularia: Revista de Trabajo Social* 2: 195-212.
- Delgado, M. 2014. "La globalización de la agricultura andaluza. Evolución y vigencia de la cuestión agraria en Andalucía". En *La cuestión agraria de la Historia de Andalucía*, coord. M. González de Molina, 97-132. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Delgado, M. y Aragón, M. A. 2006. "Los campos andaluces en la globalización. Almería y Huelva, fábrica de hortalizas". En *La agricultura española en la era de la globalización*, coord. M. Etxezarreta, 423-474. Madrid: Ministerio de Agricultura y Pesca.
- Delgado, M., Reigada, A., Soler, M. y Pérez Neira, D. 2015. "Medio rural y globalización. Plataformas agroexportadoras de frutas y hortalizas: los campos de Almería", *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* 131: 35-48.
- Dumond, A., López-Gunn, E. y Llamas, R. 2011. "La huella hídrica extendida de las aguas subterráneas en el campo de Dalías (Almería, España)", presentado al Congreso Ibérico sobre las Aguas Subterráneas (Zaragoza).
- Florido del Corral, D. 2002. "Marineros y Pescadores Andaluces". En *Proyecto Andalucía*, coord. S. Rodríguez, 246-278. Sevilla: Publicaciones Comunitarias.
- Friedland, W. H. 1994. "The global fresh fruit and vegetable system: an industrial organisation analysis". En *The global restructuring of agro-food system*, ed. P. McMichael, 173-189. Ithaca: Cornell University Press.
- Fundación Cajamar. 2015. *Ánalisis de la campaña hortofrutícola de Almería 2013-2015*, <http://www.publicacionescajamar.es/pdf/series-temáticas/informes-coyuntura-análisis-de-campana/analisis-de-la-campana-hortofruticola-15.pdf>

- Gadea, E., Ramírez, A. J. y Sánchez, J. 2014. "Estrategias de reproducción social y circulaciones migratorias de los trabajadores en los enclaves globales". En *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, coord. A. Pedreño, 134-149. Madrid: Talasa.
- Giménez, C. 1992. "Trabajadores extranjeros en la agricultura española: enclaves e implicaciones". *Estudios Regionales* 31: 121-147.
- Gregorio, C. 1999. "Los movimientos migratorios del Sur al Norte como procesos de género". *Globalización y género*, ed. P. de Villota, 259-288. Madrid: Síntesis.
- Hochschild, A. R. 2001. "Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional". En *En el límite*, eds. A. Giddens y W. Hutton, 187-208. Barcelona, Tusquets.
- Jiménez Díaz, J.F. 2011. "Procesos de desarrollo en el Poniente almeriense: agricultores e inmigrados". *Revista de Estudios Regionales* 90: 179-205.
- López-Gálvez, J. y Naredo, J. M. 1996. *Sistemas de producción e incidencia ambiental del cultivo en suelos enarenado y en sustratos*. Madrid: Fundación Argentaria y Visor.
- MARM [Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino]. 2009. *Estudio de la cadena de valor y formación de precios del tomate*. Madrid: MARM.
- Martín, E., Castaño, Á. y Rodríguez, M. 1999. *Procesos migratorios y relaciones interétnicas en Andalucía: una reflexión sobre el caso del Poniente almeriense desde la antropología social*. Madrid: OPI y MTAS.
- Martín, E. y Rodríguez, M. 2001. "Inmigración y agricultura en la Comunidad Autónoma de Andalucía: la agricultura de invernadero en Almería". En *Mercados de trabajo e inmigración extracomunitaria en la agricultura mediterránea*, eds. E. Martín, A. Melis y G. Sanz, 33-97. Sevilla: Junta de Andalucía, Generalitat Valenciana y Diputació de Barcelona.
- Martínez Veiga, U. 2001. *El Ejido. Discriminación, exclusión social y racismo*. Madrid: La Catarata.
- McMichael, P. 2009. "A food regime analysis of the «world food crisis»". *Agriculture and Human Values* 26: 281-295.
- Morce, A. 2007. "El difícil reconocimiento de los sin papeles en Francia. Entre tentación individualista y movilización colectiva". En *Las luchas de los sin papeles y la extensión de la ciudadanía*, eds. L. Suárez-Navas, R. Macià y A. Moreno, 39-71. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Narotzky, S. 2004. *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Parella, S. 2003. *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona: Anthropos.
- Pedreño, A. ed. 2014a. *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*. Madrid: Talasa.
- Pedreño, A. 2014b. "Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad social de los enclaves de producción de la 'uva global'". En *De cadenas,*

- migrantes y jornaleros. *Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, coord. A. Pedreño, 13-36. Madrid: Talasa.
- Pérez Orozco, A. 2006. *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- Picchio, A. 1999. "Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social". En *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, ed. C. Carrasco, 201-242. Barcelona: Icaria.
- Reigada, A. 2012. "Más allá del discurso sobre la «inmigración ordenada»: contratación en origen y feminización del trabajo en el Cultivo de la fresa en Andalucía", *Política y Sociedad* 49 (1):103-122.
- Rodríguez, M. 2003. *La agricultura intensiva, medio y modo de vida del poniente almeriense. Estrategias productivas y organización del trabajo agrícola*. Almería: Diputación de Almería.
- Sassen, S. 2003. *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Thomas, R. J. 1985. *Citizenship, gender and work. Social organization of industrial agriculture*. Los Ángeles: University of California Press.
- Tolón, A. y Lastra, X. 2010. "La agricultura intensiva del poniente almeriense. Diagnóstico e instrumentos de gestión ambiental". *Revista Electrónica de Medio Ambiente* 8: 18-40.
- Van der Ploeg, J. D. 2008. *The new peasantries: struggles for autonomy and sustainability in an era of empire and globalization*. Londres: Earthscan.
- Veltz, P. 1999. *Mundialización, ciudades y territorios*. Barcelona: Ariel.
- Wells, M. 1996. *Strawberry fields. Politics, class, and work in California agriculture*. Ithaca: Cornell University Press.

